

El zar turco

Carlos LARRINAGA
Historiador

Parece que le ha salido competencia a Putin y ya tenemos un nuevo zar, aunque esta vez no en Rusia, sino en Turquía: Recep Tayyip Erdogan. Quién le iba a decir a este descendiente de inmigrantes amante apasionado del fútbol que se iba a convertir en una de las personalidades más relevantes del panorama político actual. Considerando a Atatürk el padre de la patria turca contemporánea, es como si el nuevo líder quisiera pasar a la historia como el gran caudillo del siglo XXI. Con el agravante de que, mientras el primero buscó la modernización de una Turquía maltrecha tras la Primera Guerra Mundial y el final del Imperio Otomano, Erdogan se desbarra hacia una vía cada vez más autoritaria del ejercicio del poder. Lo que choca con amplios sectores deseosos de seguir avanzando por las vías puestas en su día por Atatürk. Es verdad que Mustafá Kemal no instauró un régimen democrático, pero puso en marcha un conjunto de reformas que, a la larga, tendrían de desembocar en una democracia equiparable a las europeas. Así, abolió el Califato y la sharía (ley religiosa), promulgó una Constitución y un Código Civil, impulsó el laicismo, mejoró sensiblemente la situación de las mujeres, etc., etc. En definitiva, pese a los déficit del sistema, Atatürk se convirtió en una figura bastante indiscutible para sus coetáneos. Cosa que no sucede con Erdogan, que, siendo verdad que cuenta con amplios apoyos de la población, también es cierto que son cada vez más los críticos con su forma de actuar. Y uno de ellos ha sido, precisamente, el primer ministro Ahmet Davutoglu.

Responsable de Asuntos Exteriores entre 2009 y 2014, Davutoglu ascendió a la jefatura de gobierno cuando Erdogan fue elegido presidente de la República ese mismo año. Éste a su vez había desempeñado esa función desde el 2003. Fue entonces cuando muchos analistas vieron en el tándem Erdogan-Davutoglu una copia del protagonizado por sus vecinos rusos Putin-Medvéded. En buena medida, mientras Erdogan hacía de poli malo, Davutoglu era el poli bueno y, de hecho, su reputación en las cancillerías europeas ha ido ganando peso con el tiempo, gracias a un discurso firme, pero más moderado y amable en las formas que el del Jefe del Estado, cuya soberbia es cada vez menos disimulada. Erdogan, lejos de encarnar la neutralidad que debe caracterizar a una dignidad como la que ocupa, no ha dejado de hacer política para beneficio suyo y del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), fundado por él en 2001. Pero cuando Erdogan accedió a tan alta magistratura, fue Davutoglu quien se hizo con la secretaría general del mismo, condición sine qua non para acceder al rango de premier. Si bien poco ha durado en un liderazgo siempre placado por su mentor, pues el pasado 5 de mayo, al convocar la celebración de un congreso extraordinario del AKP para el próximo día 22, anunció que no se volvería a presentar a secretario general. Lo que significa que renuncia, al mismo tiempo, a encabezar el ejecutivo, ya que ambos puestos van emparejados.

El asunto no es, en absoluto, baladí, pues estamos, sin duda, ante una lucha encarnizada en el seno del AKP, que, una vez más, se salda con el triunfo de Erdogan. Las discrepancias entre las dos figuras más importantes de la política turca han ido ganando fuerza en los últimos meses. Mientras el antiguo profesor universitario en Estambul declaraba hace unas semanas que no había prisa para modificar la Constitución y reforzar las facultades presidenciales, el Comité Ejecutivo de la formación islamista aprovechó su ausencia en un viaje oficial a Qatar para restarle prerrogativas en los nombramientos de los cargos provinciales. Algo que habría aprovechado Davutoglu para restar influjo a los erdoganistas. Con todo, las desavenencias se han manifestado asimismo en otros asuntos tales como en las detenciones provisionales de los periodistas durante sus respectivos procesos judiciales, en la manera de encarar la cuestión kurda o en un asunto tan peliagudo para Erdogan como la corrupción. En cualquier caso, es posible que la gota que haya colmado la paciencia del omnipotente sultán haya sido la demora en instaurar un presidencialismo que no haría sino reforzar aún más sus competencias. De ahí la importancia del abandono de Davutoglu, un hombre altamente valorado en la Unión Europea por haber sido el gran artífice del acuerdo entre

Ankara y Bruselas sobre los refugiados. De hecho, ese talante prudente que venía demostrando le sirvió para granjearse importantes amigos en Occidente, en especial, Angela Merkel, la gran valedora del acuerdo.

De todos modos, el nuevo zar turco logrará zafarse de Davutoglu en unos días, pero no por eso va a ver logrado su sueño en un plazo relativamente breve. Pues hay que recordar que para cambiar la Carta Magna se necesita un número cualificado de diputados en el Parlamento que el AKP no tiene. Los 317 electos obtenidos en los pasados comicios del 1 de noviembre le otorgaron la mayoría absoluta y le permitieron formar un gabinete en solitario, pero no son suficientes para una decisión de tal envergadura. Para ello son necesarios dos tercios de la cámara, compuesta por 550 escaños. Y el problema es que los demás partidos no están dispuestos a satisfacer los deseos de Erdogan, por lo que la “dimisión” de Davutoglu es interpretada por algunos como el disparadero de salida de unas posibles nuevas votaciones. Si fuese así y se celebrasen en 2016, serían las terceras en prácticamente dos años. Y sólo con el objetivo de reforzar su papel y de colmar una apetencia de atribuciones que a día de hoy resultan insaciabiles.

8 de mayo de 2016

Publicado en *El Diario Vasco*, 22 de mayo de 2016, p. 26